

puntos a tratar para el histórico encuentro de 1972 entre Mao y Richard Nixon. En 1997, Jiang Zemin, presidente de China, pidió ver los caballos durante una visita de Estado a Estados Unidos. Los funcionarios del museo informaron que la delegación china quedó “impresionada” con la rotonda cavernosa en el que estaban expuestos los tesoros.

La rotonda, de hecho, es impresionante. Su domo de catedral empequeñece a los dos caballos de piedra, labrados en bloques de piedra de 1.80 m de alto y 2.10 m de ancho y de 30 cm de espesor. Uno de los caballos avanza con valor no obstante haber sido flechado en la batalla. El segundo, el único de los seis a quien acompaña una figura humana, aparece inamovible en el momento en que un general le extrae flechas del pecho.

Poco después de la adquisición de los caballos, Carl Bishop, entonces curador de la División de Asia del museo, proclamó su renombre y su belleza. “Tal vez no existan otros caballos que se hayan vuelto tan famosos”, dijo. “Del artista que creó estas obras maestras no sabemos prácticamente nada [aunque] las esculturas mismas lo proclaman como uno de los más grandes artistas de cualquier época o nación”.

Las pequeñas cédulas del museo junto a los relieves ofrecen una breve descripción de los caballos, sus nombres y su enorme significado para el emperador Taizong. En ningún lado se menciona a T. C. Loo.

La prehistoria en la América Media

Alfred M. Tozzer



Parte de la amplia genealogía de mayistas nacidos en Estados Unidos, Alfred Marston Tozzer (1876-1965) llegó a la península de Yucatán como lingüista en el invierno de 1902. Entonces contaba con el apoyo del Archæological Institute of America y vio a E. H. Thompson dirigir el dragado del Cenote del Sacrificio en Chichén Itzá. Fue el primer estudiante de etnología en trabajar entre los lacandones y al cabo de tres años reunió material suficiente para su tesis doctoral (1904) y dar forma a un curso de antropología sobre los mayas (1905), así como una gramática maya (1921). Se integró a la Universidad de Harvard como pro-

fesor y en 1910 tomó la estafeta de Teobert Maler (1842-1917) al frente de la expedición arqueológica anual del Peabody Museum en la zona maya, donde trabajó en Tikal y Nakum. En 1914 asumió la dirección de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas en la ciudad de México. Esta estancia fue central en su experiencia, a la cual añadió dos años en el ejército durante la Primera Guerra Mundial. Volvió a Harvard, dirigió el Departamento de Antropología, y se dedicó a traducir lenta y pacientemente al inglés la *Relación de las cosas de Yucatán* de fray Diego de Landa. Este es el texto de una ponencia para la sesión hispanoamericana en la reunión que en 1936 realizó la American Historical Association en la ciudad de Providence. Tomado de *The Hispanic American Historical Review*, vol. XVII, núm. 2, mayo de 1937. Traducción de Antonio Saborit.

Para el arqueólogo el mejor documento está en los montones de basura. Éstos constituyen secuencias estratigráficas e históricas de objetos, pero su valor como historia es claramente defectuoso.

SE AFIRMA QUE MOMMSEN nunca oyó hablar del periodo glacial y sin embargo Henry Adams dijo que el hombre, durante un largo periodo, fue visto como una “función” de la era del hielo. Como arqueólogo me dan orgullo los cimientos que, en muchos lugares, la arqueología le ha dado a la historia. La reescritura de la historia temprana del Medio Oriente se hizo necesaria gracias a las investigaciones de los arqueólogos. Incluso la escasez y la verdad de la palabra escrita con frecuencia se han cuestionado y derribado debido a la “paletada de hechos” del excavador. Cinco mil años, se afirma con frecuencia, se han añadido al periodo histórico. Pero ¿los hechos arqueológicos se pueden llamar siempre historia?

Como no he oído las protestas de parte de los historiadores sobre la validez de vincular la arqueología y la historia de manera tan íntima, como arqueólogo me atrevo a ofrecer algunas observaciones y reservas sobre tal maridaje. ¿Hay alguna justificación para llamar prehistoria a la arqueología? Si nos referimos a la historia definida antes como el registro de acontecimientos pretéritos, de una serie de conquistas y el ascenso y caída de reinos, la arqueología, aún sin una literatura de compañía, puede ser de gran ayuda. Si, por un lado, nos referimos a la historia de las ideas, a una historia social, a la relación de cómo se dieron las cosas, la arqueología, divorciada de paralelos textuales, es de un notable valor mínimo. Para el arqueólogo el mejor documento está en los montones de basura. Éstos constituyen secuencias estratigráficas e históricas de objetos, pero su valor como historia es claramente defectuoso. La historia no se puede escribir sólo en términos de una cultura meramente material. Recuérdese que la arqueología no sólo lidia con un mundo físico, sino con un mundo material resistente al tiempo. Muchas culturas se “fijaron” tras hallar un implemento de piedra incrustado en la quijada de un asno.

Harvard acaba de pasar por los “ritos de pasaje” hacia su cuarto siglo. Supóngase que otros cuatrocientos años marcaran el inicio de su fin y que de aquí a mil años Harvard llevara tiempo de ser un montón de ladrillos y piedras y una masa de metal oxidado. ¿Qué datos encontraría el arqueólogo para escribir con ellos la historia de esos intensos días tricentenarios y el carácter de la celebración? Sólo habrían resistido el tiempo y las estaciones algunas medallas de bronce y dos monumentos en piedra, uno de ellos obsequio de China y el otro de Japón. ¿Habría que culpar al joven arqueólogo que escribiera su tesis doctoral sobre la fuerte influencia mongol en la celebración de los trescientos años de Harvard? Repito que son dolorosamente magros los datos históricos que se desprenden tan sólo de los imperecederos archivos abiertos por las palas del arqueólogo.

La geología es más afín a la arqueología que a la historia. La arqueología es una ciencia, y, realizada como se debe, es una ciencia exacta. Empezó como un estudio deductivo. La historia acumula sus hechos antes de proponer teorías. El acercamiento inductivo por lo general ha estado ausente en los estudios arqueológicos. Desde el principio la arqueología ha estado muy abrumada por teorías y dogmas y el que esté aumentando constantemente con reuniones de datos nuevos causa una procesión correspondiente de tesis siempre cambiantes. Las tribus perdidas de Israel, es verdad, han desaparecido de la literatura contemporánea, pero los continentes hundidos de la Atlántida y Mu siguen siendo objeto de preocupación para algunos escritores. Hasta los mejores arqueólogos recurren a la etiqueta de “ceremonial” para cualquier espécimen inusual, el uso de la cual es problemático.

Hace veinticinco años los americanistas estaban confiadísimos en que lo sabían todo sobre la llegada del hombre a este continente y su historia posterior aquí. Hace diez o quince años esta confianza se empezó a tambalear, hasta que hoy los charlatanes de la arqueología (¡y vaya si son legión!) parecen ser los únicos que confían que todas nuestras grandes preguntas fueron resueltas de manera definitiva. Estos curanderos arqueológicos ni se inmutan para contarnos la historia antigua del Nuevo Mundo. Para autores más conservadores y menos atentos a buscar líneas generales, los resultados de cada excavación arqueológica vuelven más grandes e intrigantes las grandes preguntas.

En otro lugar escribí sobre las tres tendencias hoy presentes en el campo arqueológico en América. La primera se puede llamar vertical, un estudio más exhaustivo e intenso de un determinado sitio con las técnicas más nuevas al alcance de la arqueología; la segunda es un recorrido horizontal sobre varias “disciplinas”, hoy tan exitosamente ensayado por la



Carnegie Institution y el cual tocará el doctor Kidder en la siguiente ponencia. La tercera tendencia es una comprensión más amplia sobre la interrelación de las diferentes culturas que, durante un largo tiempo, se consideraron como entidades más o menos separadas. La extensión espacial la muestra la triangulación de objetos de cerámica y las amplias evidencias de relaciones comerciales, México se vincula con el bajo valle del Mississippi, Norteamérica se vincula con el sur del continente. No obstante estos vastos horizontes, nos negamos a ver nada fuera del Nuevo Mundo de importancia arqueológica en nuestros problemas.

Se puede apreciar que una cuarta tendencia¹ atraviesa todo el campo de la arqueología americana, la cual reduce la escala temporal de las culturas más elevadas por muchos cientos de años. El cauto americanista rara vez aceptó que se incorporara a su vocabulario, incluso en los primeros días, la palabra “milenio”, pero ahora con métodos de fechado más cuidadosos y científicos, con dificultad podemos ir más allá del nacimiento de Cristo por cualquier otro dato concreto que la primera evidencia probable del hombre en el Nuevo Mundo. El “anhelo por una antigüedad mayor”, me temo, nunca quedará satisfecho de manera científica.

Conforme aumentan los detalles de nuestro conocimiento sobre áreas arqueológicas, debido a un trabajo más intenso en cada distrito, nos asedia con mucha mayor frecuencia el darnos cuenta de nuestra incapacidad para encontrar las respuestas a los problemas fundamentales. En una sola zona arqueológica americana se han dado avances concretos en una escala amplia. En nuestro suroeste, los ataques sostenidos, agresivos y modernos están dando frutos, y sin embargo fue hace apenas cinco años que se tuvo que rescribir buena parte del relato prehistórico del suroeste. La dendrocronología, el estudio de los anillos de los árboles, ha ofrecido una escala del tiempo ideal en la que se acomodan sitios y culturas.

En el área de la América Media las condiciones son bastante menos satisfactorias. Hace unos dos años escribí un artículo titulado “Investigación maya”,² el cual consistía principalmente de una serie de preguntas que abarcaban las numerosas *lacunæ* en nuestro conocimiento. Hoy en día esas mismas preguntas siguen siendo pertinentes, en compañía de unas cuantas más.

La dendrocronología, el estudio de los anillos de los árboles, ha ofrecido una escala del tiempo ideal en la que se acomodan sitios y culturas.

¹ A.V. Kidder, “Speculations on New World Prehistory”, en *Essays in Anthropology presented to A. L. Kroeber in celebration of his sixtieth birthday June 11, 1936*, Berkeley, University of California Press, 1936, pp. 143-151.

² “Maya Research”, en *Maya Research*, vol. I, núm. 1, Nueva York, 1934, pp. 3-19.

En el área maya, la situación está lejos de ser tan clara como en México. Ahí existe un horizonte arcaico que aún no ha sido igualado de manera definitiva con el del valle de México.

Con más de ochocientos sitios arqueológicos conocidos en el área maya, en menos de una docena de ellos se han realizado excavaciones meticolosas y amplias. En ningún caso de esos contados sitios en los que se ha realizado investigación se ha excavado algo más que una fracción minúscula.

Nuestra evidencia más temprana del hombre en la América Media está muy por encima del primitivo, ya sea que la palabra se use en su auténtico significado de primero, o en su significado derivado de crudo. Nada en esta área muestra el reflejo más pálido de la etapa de la existencia de los cazadores. Hasta el día de hoy todo lo que se ha encontrado está a cierta distancia de ese horizonte. Nuestro hombre más temprano aquí tiene una industria cerámica bien desarrollada con figurillas realizadas a mano, ornamentos, agricultura y otras industrias muy alejadas de aquellas que se asocian a cualquier hombre temprano en la acepción europea del término. Esta cultura arcaica es difícil de fechar, pero en el valle de México no parece remontarse mucho tiempo atrás antes de la era cristiana.

En el área media de América hay unas cuantas secciones promedio, como las llamaría un geólogo: series de periodos arqueológicos establecidos por el más cuidadoso estudio de la estratificación o por la secuencia calendárica. El *datum* o sección promedio más satisfactoria está en el valle de México. Aquí, al cabo de cinco años del más arduo estudio, el doctor Vaillant estableció una secuencia definitiva de las culturas que inicia en el periodo arcaico y avanza gradualmente por el periodo intermedio, señalado por el término "tolteca", hasta los aztecas y la Conquista. Este es el único *datum* en la América Media que parte de las más tempranas evidencias existentes de la ocupación del hombre y que avanza en un registro continuo hasta la Conquista. Para la cuarta y última parte del trayecto está presente la literatura, la cual habrá de desempeñar su papel con imágenes auténticas de los hechos históricos.

En el área maya, la situación está lejos de ser tan clara como en México. Ahí existe un horizonte arcaico que aún no ha sido igualado de manera definitiva con el del valle de México. Aparece sólo en unos cuantos lugares y presenta numerosos problemas. Las secciones estratigráficas satisfactorias no han logrado sacar a la luz algún número en el área maya. Nuestra principal secuencia cerámica no se basa en estratos sobrepuestos, sino en la disposición de vasijas en diversas bóvedas y habitaciones abandonadas en una sola estructura maya. Luego sigue el calendario nítido y sus series de monumentos y edificios fechables que se extienden por un periodo de unos siete siglos. Esto es exacto y completamente satisfactorio como sistema de fechas autosuficiente pero, muy lamentablemente, hoy flota en el aire. El fijarlo y anclarlo a nuestra cronología es asunto de una aguda

controversia. Se llamó a la astronomía para arreglar este dife-rendo, pero hasta ahora los resultados no son aceptables para la mayoría de los estudiantes de lo maya. Las dos principales correlaciones difieren entre ellas por unos 260 años. El monu-mento más antiguo que se ha fechado sería entonces del 68 o del 327 de nuestra era. Existe la tendencia a mover todo el sis-tema otros 260 años, haciendo que la primera estela se date hacia el 587. Un estudio intenso de la arquitectura y de la ce-rámica resultará, así se espera, de ayuda para fijar esta impor-tante escala del tiempo.

Tres manuscritos mayas precolombinos se las arreglaron para escapar a la furia fanática de los españoles. Para la ar-queología americana una literatura es una rara ayuda. Pero estos códices son singularmente desalentadores en lo que a la historia compete. Hay tablas de los eclipses y secuencias pla-netarias de interés para los astrónomos, hay recursos adivi-natorios, pero hasta donde sabemos hoy, no existen textos que toquen la historia o la biografía.

Las inscripciones jeroglíficas presentan la misma falta de material documental que no nos ofrece de la vida pasada más que fechas y datos astronómicos. Que el material sin descifrar en las inscripciones resulte histórico es un deseo padre del pensamiento.

Las numerosas representaciones pictóricas en los bajorre-lieves en los muros, en las columnas y en los dinteles del tem-plo, en las pinturas al fresco, ¿cuánto nos ayudan estos elementos en el campo de la historia? Ahí hay en abundancia sacerdotes y acólitos, sacrificios y penitencias, ritos religiosos, pero de la historia real, de nuevo un desengaño. Sabemos que hacia el final de la historia maya, aproximadamente hacia el siglo XIII, llegó al norte de Yucatán un grupo de mexicanos que trajo nuevas ideas sobre la religión y la arquitectura. Este periodo estuvo marcado por la conquista de Chichén Itzá de parte de los mexicanos. Esta sujeción de los mayas está ilustrada en discos de oro, en pinturas al fresco y en bajorre-lieves en piedra. Éstos forman la única y auténtica historia ilus-trada de los mayas que se puede comparar con las relaciones pictóricas de los principales acontecimientos en la historia az-teca, tal como lo muestran sus manuscritos.³

Uno de los medios más eficaces para determinar los movi-mientos de gente, junto con el intercambio de ideas, es el estu-dio de la distribución de objetos comerciados de un lugar a otro. Existen rastros de excelentes caminos que abarcan grandes



³ A. M. Tozzer, "Maya and the Toltec Figures in Chichen Itza", en *Proceedings of the Twenty-third International Congress of Americanists, 1928*, Nueva York, 1930, pp. 155-164.

distancias de ciudad a ciudad. El viaje por mar no era infrecuente. Se ha de recordar que Colón en su cuarto viaje se topó con una canoa comercial de ocho pies de ancho. Los ocupantes eran mayas. En México, los comerciantes aztecas formaban una casta privilegiada. Bastón en mano, viajaban en grupos distancias importantes, ausentándose de sus casas por un año con frecuencia. Llegaron hasta Guatemala al sur. Los objetos, al pasar de mano en mano, viajaban distancias mucho más largas. La arqueología descubre todo el tiempo piezas de jade y oro, cerámica y objetos de concha muy alejados de los lugares en los que fueron manufacturados. Objetos provenientes de tan lejos como Colombia —en el sur— y del centro de México —en el norte— se han encontrado en el norte de Yucatán. En las triangulaciones, establecidas principalmente por las piezas comerciadas entre un lugar y otro, dependemos constantemente de la sincronización de nuestra historia. Un tipo similar de cerámica, o una técnica de decoración similar localizada en dos sitios bien distantes entre sí pueden servir para demostrar que dos secciones promedio son contemporáneas.

Al acercarnos al tiempo de la Conquista española hay varios tipos de datos que nos dan alguna perspectiva histórica. Los llamados libros del *Chilam Balam* de los mayas son documentos escritos en su lengua, aunque en caracteres españoles. Copias de manuscritos más tempranos, éstos tal vez fueran escritos originalmente en escritura jeroglífica. Son relaciones legendarias e históricas de varias de las familias gobernantes o dinastías que llegaron a la etapa temprana española. Aquí hay una historia cifrada que presenta una masa de datos conflictivos imposible de armonizar.

En proporción con la riqueza del material, la ayuda que la arqueología le ha dado a la historia social de los mayas es decepcionante. En cambio, ¿se me permitiría hablar de la ayuda que la historia le ha dado a la arqueología en el campo de la América Media? Pasó por alto la masa de detalles etnológicos en Oviedo, en Sahagún y en muchos otros autores. Landa, en su famosa *Relación*⁴ de 1566, nos habla de la ceremonia para la lluvia en el Cenote del Sacrificio en Chichén Itzá. Escribe ahí: “En este pozo han tenido y tenían entonces costumbre de echar hombres vivos en sacrificio a los dioses... Echaban también muchas otras cosas de piedras de valor y que tenían preciadas”.

Esta y otras relaciones tempranas de las ceremonias alrededor de este pozo motivaron su dragado. Hace treinta años o más éste se llevó a cabo y la relación de Landa fue verificada ampliamente.



⁴ Manuscrito, folio 49 v.; ed. de Brasseur, p. 344.

En Panamá se excava un amplio cementerio en la provincia de Coclé. Se han encontrado esqueletos, algunos con tocados de oro, placas en el pecho, orejeras, collares, brazaletes y ajorcas, todos de oro. Gaspar de Espinosa, en Panamá, en 1519, nos cuenta el dramático hallazgo del cadáver del cacique, Parita, preparado para su funeral:

En su cabeza tenía “un enorme bacín de oro como un casco”, alrededor de su cuerpo había cuatro o cinco collares de oro, sus brazos y piernas estaban metidas en unos tubos de oro, su pecho y hombros estaban cubiertos con placas y medallas de oro, alrededor de su cintura tenía un cinturón dorado del que colgaban campanas del mismo metal. En síntesis parecía llevar una cota de malla dorada.⁵

Con excepción del cinturón dorado, todas las demás piezas del vestuario han sido encontradas *in situ* en los esqueletos de Coclé. Aquí la historia y la arqueología son indispensables la una para la otra. Cuando el último rey de Babilonia, Nabonidus, hacia el año 550 a. C., dijo que trataba de restaurar en su estilo original un templo construido hacía más de 2000 años, trabajaba en las mismas líneas arqueológicas de los arquitectos y artesanos que restauran exitosamente Williamsburg a su apariencia del siglo XVII. Aquí son uno la historia y la arqueología.

Lo que no ha logrado revelar la arqueología es la más amplia perspectiva histórica sobre la prehistoria de Hispanoamérica. Nuestro conocimiento de los detalles en ocasiones es muy amplio. Conocemos pedazos de toda la pintura histórica, pero el que no podamos saber cómo se han de ensamblar estos pedazos contrasta con la riqueza de hechos. Con varios cientos de fechas descifrables, un centenar o más de calendarios, tablas de los eclipses y de los planetas, cientos de edificios en ruinas y miles de objetos más pequeños, muchos de nosotros estamos menos que satisfechos de que en la actualidad no contemos con una imagen clara de la historia de los mayas. ¿Me perdonarán mis colegas por exponer nuestra ignorancia? Me apresuro a añadir que no se trata del analfabetismo de un adulto sino de la inaprehensión de un niño. A fin de cuentas, la arqueología como una ciencia precisa es en extremo joven. Los estudios actuales, con nuevas tendencias de mayores amplitudes verticales y horizontales, parecen destinados a ubicar la arqueología de la América Media dentro de un firme escenario histórico y cultural.

A fin de cuentas, la arqueología como una ciencia precisa es en extremo joven.

⁵ S. K. Lathrop, “Coclé, An Archaeological Study of Central Panama”, en *Peabody Museum Memoirs*, VII, Cambridge, 1937, p. 46.

La tan pesimista actitud exhibida en esta conferencia será muy bien balanceada por los logros actuales y las altas esperanzas del futuro progreso que representan los estudios que hoy se realizan en la América Media, los cuales describirán en las siguientes ponencias el doctor Kidder y el doctor Redfield.

La “policía” del Antiguo Régimen

Robert Descimon

El coloquio internacional de Oñati (9-11 de septiembre de 1991) refiere a un momento de la historia política e institucional de Europa y examinó la eficacia de cierto número de métodos de investigación. Ese momento se corresponde con la emancipación lenta y sin duda tardía de la noción de policía en cuanto que principio de gobierno. La reflexión metodológica se apoya en los progresos realizados en el dominio de la sociología de las instituciones desde aproximaciones diversas. Presentamos aquí la traducción de un fragmento del “Avant-propos” a la publicación de los trabajos ahí presentados: Robert Descimon, Jean-Frédéric Schaub, Bernard Vincent (eds.), *Les figures de l'administrateur; institutions, réseaux, pouvoirs en Espagne, en France et au Portugal, 16e-19e siècle*.¹ La traducción es de Esteban Sánchez de Tagle.



AL SALIR DE LOS TIEMPOS MEDIEVALES (aunque ¿cuándo es que sale Europa?) permaneció una estructura general del poder: el *dominium*, que se desplegaba indistintamente sobre los hombres y sobre las tierras y producía un enredo de derechos respectivos que vinculaban al señor, a sus hombres (derechos personales) y a sus tierras (derechos reales). De dicha situación derivaban, de hecho, dos reglas generales: el señor

¹ Robert Descimon, Jean-Frédéric Schaub y Bernard Vincent (eds.), *Les figures de l'administrateur; institutions, réseaux, pouvoirs en Espagne, en France et au Portugal, 16e-19e siècle*, Paris, De l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1997, pp. 8-16.